

da destrucción, no sólo la inteligencia con su poder y la imprenta con sus productos, sino también príncipes y reyes con su influencia y el oro de la judería. Pero tanto esfuerzo se estrella en la roca inmovible en que el Redentor cimentó su Iglesia.

Sin embargo, los enemigos del catolicismo, herejes, sismáticos, ateos, masones, libres pensadores, etc., no se dan por vencidos. En un tiempo intentaron derribar el árbol santo de la Cruz, y procedieron á mutilarle, blandieron en sus brazos el hacha destructora, y aquel trabajo que parecía de aniquilamiento, fué como una poda que vigorizó la planta y la hizo producir espléndidas flores y magníficos frutos.

Quiso Lutero, ayudado de los suyos, desramar el corpulento roble, y su trabajo satánico sólo sirvió para que el árbol se renovara. Vigorizóse el árbol, y libre de hierbas nocivas, se rejuveneció con frondosos renuevos y se engalanó con magníficas flores, de las cuales fué la más bella la que conocemos con el nombre de la Compañía de Jesús.

La incredulidad enciclopédica vino después, engreída de su ciencia, pagada de su saber, segura del triunfo, seguida de legiones de enemigos fortísimos, y nada pudo.

El Catolicismo sigue lleno de salud y fecundidad, con más vida que nunca, activo como le vieron sus enemigos.

A veces han querido arrancarle de raíz, sacarle de cuajo, pero han sido insuficientes para ello todas las grandezas humanas aliadas en la empresa. Ahí está el Papa, prisionero en el recinto de uno de los palacios apostólicos, desposeído del poder temporal, teniendo enfrente un gobierno usurpador que deja que le insulten y que le vejen, jamás vió al mundo más apegado á la doctrina católica, más sumiso á la voz del Vicario de Jesucristo. Y mientras el mundo civilizado halla en las palabras del Pontífice la solución de los más aterradores problemas, los misioneros de la perse-

guida Iglesia predicán en las más apartadas regiones á los pueblos gentiles la buena nueva del Evangelio.

Por eso es risible ese afán de nuestros espíritus fuertes, espiritistas, masones, protestantillos, de á dollar por cabeza, que pretenden con sus declamaciones calumniosas, sus artículos repletos de sandeces, despreciables si no fueran blasfemos, desquiciar y destruir la piedra en que está asentada la Iglesia católica.

Y más risibles aún serian, si no causarán lástima, esos jóvenes que desearios de un aplauso efímero, seducidos por la codicia, y extraviados por la sensualidad, patrosinados por una logia, principiaron su carrera literaria atacando á la Iglesia, burlándose del catolicismo, calumniando sus instituciones, insultando al papa, un santo anciano que no cesa de pedir á Dios por sus enemigos y que tiene tan santas y hermosas palabras para la juventud.

Esta fué siempre generosa. Estaba reservado al siglo llamado de las luces la gloria de verla mezquina y malvada, que malvados aparecen muchos jóvenes en estos tiempos, y malvado es quien por ignorancia intencional ó por malicia codiciosa calumnia é insulta á un venerable Pontífice ante el cual se prosternan no sólo las grandezas católicas, sino las más famosas de la herejía. Duele el corazón cuando lee uno esos escritos en que tanto abundan ciertos periódicos, destinados á escarnecer á S. S. León XIII. Los más de esos escritos son debidos á juveniles plumas. ¿Qué objeto se han propuesto alcanzar sus autores? ¿Creén sinceramente que cooperan á la destrucción del Catolicismo? ¿Creén, de buena fe, que el anciano venerable á quien insultan merece tal escarnio? Dígalo quien lo sepa.

¡Lástima de juventud!

DEFUNCION.

El día 12 del corriente falleció en Etzatlan el Sr. Pbro. D. Jesús Ramos. R. I. P.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS

Ant. Imp. de N. Parga. -- D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO

Tom. VII.

GUADALAJARA, OCTUBRE 8 DE 1893.

NUM. 43.

SECCION I.

CARTA

DES. S. LEON XIII

A M. GASPAS DECURTIIUS

ACERCA DE LA SITUACION DE LOS OBREROS.

A nuestro querido hijo Gaspar Decurtius. — Querido hijo, salud y Bendición Apostólica:

Nada hemos deseado tanto como tener ocasión de afirmar el celo y la solicitud que Nos animan en favor de la clase obrera, cuya miserable condición Nos deseamos dulcificar para hacerla digna de los pueblos civilizados bajo la acción directiva de la justicia y caridad que la Religión Cristiana ha traído á la tierra, y que ella propagará más y más en el mundo entero.

El espíritu de nuestro Ministerio pide, en efecto, que Nos estemos siempre dispuestos á llevar nuestro concurso allí donde los afligidos esperan un consuelo, los

débiles protección y los desgraciados alivio en sus males.

Animado por el sentimiento de esta noble función, y acordándonos de las enseñanzas del Divino Salvador del género humano, Nos hemos llevado palabras de amor y de paz al mundo Católico con Nuestra Carta Encíclica que comienza con estas palabras *Reverentium Novarum*. Allí tratando ampliamente de la condición de los obreros, Nos hemos procurado calmar el triste conflicto que sufre tan gravemente la Sociedad contemporánea por las ambiciones populares que la cubren como con negra nube, y por el temor del naufragio á que dá lugar la inminencia de la tempestad que ruge. Nos no hemos omitido tampoco, según convenia, la defensa de la causa del pueblo cerca de las autoridades civiles, para que tan grande y útil multitud de hombres no quede sin protección y sin defensa á merced de esa clase de especuladores que explotan en beneficio suyo la miseria.

No ha sido menor el placer que Nos hemos experimentado con las noticias que Nos habeis dado, querido hijo, sobre el Congreso que se ha celebrado recientemente en Bienne (Suiza), en el cual los delegados de millares de obreros, aunque venidos de países extrajeros y profesando diversidad de costumbres y de religión, han adoptado con gran contento y plena acp-

tación la dicha Carta Encíclica, reconociendo ellos mismos que contiene las enseñanzas más propias para servir á sus intereses legítimos y para echar las bases sólidas deseadas por todos, de un nuevo orden de cosas equitativo, de donde habrá de resultar para la sociedad una paz duradera, por la solución del antiguo conflicto entre los patronos y los obreros.

Cuán eficaz, es en efecto, la acción saludable de la Iglesia Católica á este fin, resalta á la vez de la constante y manifiesta experiencia y del testimonio de aquellos mismos que se dicen extraños á ella.

Por su naturaleza y por su institución, la Iglesia es la Madre que educa á los pueblos y tiene constantemente á su disposición poderosos instrumentos y medios cuyo empleo hace la vida de los hombres legítimamente reunidos en sociedad, no sólo más leal, sino también más honrada y más santa.

En tal virtud, ella no puede dejar de contribuir con ternura y liberalidad á consolar á los afligidos y á socorrer á los necesitados. Basta recordar aquí con el testimonio de la historia y con las tradiciones que nos han legado nuestros antepasados lo que la Iglesia ha hecho para abolir el azote de la antigua esclavitud.

Tan pronto como ella pudo, por sí sola y por sus propias fuerzas, extirpó esa vergüenza del género humano, tan profundamente inveterada en las costumbres, y de este hecho, fácil es deducir lo que puede hacer para sacar á la clase obrera de la situación penosa en que la ha dejado la condición de la sociedad de nuestra época. Y fácil es también comprender que para la realización de esta obra, de elevada compasión y de verdadera humanidad, nada mejor ni más eficaz que esforzarse por inculcar profundamente en los espíritus los preceptos de la ley cristiana, y hacer de la doctrina del Evangelio la regla dominante de las costumbres de los nombres.

También creemos no menos digno de

elogio como oportuno y eficaz el proyecto que habéis formado de hacer penetrar, por medio de ese Congreso en el espíritu del pueblo, y sobre todo de la clase obrera, las enseñanzas que Nos hemos desarrollado en Nuestra Carta citada, sacando de ella las sanas doctrinas de la Iglesia, á fin de que comprendiéndola bien se persuadan de que es preciso buscar los medios que ellos legítimamente desean, no en la perturbación inconsiderada del orden social, sino en la acción saludable y en el santo imperio de esa sabiduría que Nuestro Señor Jesucristo trajo del cielo á la tierra para que sirviera de regla de conducta á los hombres.

Nos hemos tenido noticia, igualmente con satisfacción, de que el Congreso de Bienne ha anunciado que está poniendo los medios para reunir muy pronto un nuevo Congreso de Obreros, más importante aún; su fin es atraer la atención de las autoridades civiles acerca de la necesidad de hacer en todas partes leyes iguales, protectoras de la debilidad de los niños y de las mujeres contra los excesos del trabajo, y de aplicar los consejos que Nos hemos dado en nuestra Encíclica. En efecto, si las autoridades públicas tienen un interés grave é incontestable para ocuparse en defender los derechos de los obreros, ese interés es mayor y más serio cuando se trata de venir en auxilio de la debilidad de los niños y de las mujeres.

Estos son el comienzo y la esperanza de la generación siguiente, y con ellos debe contar la nación en gran parte para su porvenir y prosperidad. Por otro lado, es bien evidente que los obreros no hallarán jamás una protección eficaz en leyes que varíen en las diversas ciudades. Porque desde el momento en que mercancías de diversas procedencias fluyen frecuentemente á la misma región para ser vendidas allí, sucedería seguramente que el modo y el término impuestos en cualquier región al trabajo de los obreros,

proveería á los resultados de la industria en favor de tal nación, y con detrimento de otra.

Estas dificultades y otras del mismo género, no pueden ser superadas por el solo poder de la legislación humana.

Lo podrían ser únicamente si la regla de conducta dada por el cristianismo fuese comprendida y acatada y si los hombres conformasen sus actos á las enseñanzas de la Iglesia. En estas condiciones el bien general hallará un poderoso auxiliar en la sabiduría conciliadora de las leyes y en el concurso de todas las fuerzas de que dispone cada nación.

A vosotros queridos hijos que consagrais con un celo ardiente todos los recursos de vuestra alma y de vuestra actividad inteligente á conseguir tan noble fin, Nos hemos querido daros un testimonio público de nuestra benevolencia.

Nos tenemos la firme confianza de que avanzareis valerosamente por el camino que habéis emprendido, y de que trabajareis cada día más para difundir y hacer comprender más todavía las doctrinas expuestas en las Letras emanadas de la Sede Apostólica para el consuelo de los infortunados y el afianzamiento del orden social.

Como prenda del favor celestial que Nos invocamos sobre vuestros esfuerzos, Nos os concedemos afectuosamente la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, á 6 de Agosto de 1893, año 16 de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

SECCION III.—VARIEDADES.

REMINISCENCIAS.

El contenido de la Carta de S.S. que precede, así como otra de la misma procedencia, y de fecha anterior pero del mismo mes al Cardenal Lecot, Arzobispo de Burdeos, hacen conocer hasta que

extremo de tolerancia y de concordia llega el Sumo Pontífice en la predicación y en la práctica de esa prudente política de atracción que inauguró cuando por sus virtudes, su saber, sus altas dotes y sus singulares merecimientos, fué elevado á las sagradas excelcitudes de la Silla de San Pedro.

Desde aquella Cátedra infalible y desde aquella memorable fecha, con dulce palabra que vibra profundamente conmovida, á impulsos de un amor inextinguible á la humanidad, viene constantemente trabajando en la sublime labor de pacificación moral y material que inspira todos sus actos.

Esta obra inimitable, emprendida en el mismo día en que tuvo comienzo el glorioso pontificado de León XIII y seguida sin interrupción durante los quince años difícilísimos que van pasados desde entonces; esta obra, que no ha tenido solución de continuidad ni ha experimentado los efectos de desfallecimiento alguno, á pesar de las críticas y aun de las recriminaciones acaso respetuosas en la forma, pero harto vivas y duras en el fondo de los intransigentes de todos los países, ha dado ya frutos benditos en Europa entera, y ha sido seguramente desde mil ochocientos setenta y ocho hasta la fecha, el freno más poderoso y el más eficaz resorte para contener las pasiones violentas de hombres y pueblos, difundiendo entre ellos, con la persuasiva elocuencia del ejemplo, espíritu de mansedumbre, ambiente de concordia, anhelos de paz y de sosiego.

Con razón, pues, se ha podido decir, en una comprensiva síntesis, que lo mismo en Alemania, en presencia de aquella honda y perturbadora cuestión religiosa que amenazaba destruir la unidad del vasto Imperio germánico, como en Francia, á despecho de los bárbaros furrores de los modernos jacobinos que persiguieron la cruz y la arrancaron hasta de la escuela, y del sepulcro, y en Ingla-

terra, interviniendo por mediación del cardenal Manning en los tremendos conflictos ocasionados por huelgas formidables, como en España, dirimiendo con un sabio y justísimo fallo de arbitraje el amenazador litigio promovido por la codicia de Alemania, al pretender despojar a la España de las islas Carolinas; así como en los Estados Unidos de la republicana América, aquietando y desvaneciendo arraigadas y acres disensiones que allí existían entre iglesias divergentes, según la nacionalidad de origen de los emigrados, Irlandeses y Alemanes, que en ellas habían de practicar sus cultos, en todas partes, para decirlo de una vez, los esfuerzos pacificadores del Santo Padre se han visto coronados por aquellos éxitos que pueden ser más gratos a quien, como él es, en efecto, padre amoroso de la Iglesia Universal.

Es de tal suerte conocido este espíritu de pacificación que anima al Soberano Pontífice, y tantas esperanzas funda en él el deseo de los hombres de buena voluntad y de rectos fines, que no es cosa nueva ciertamente — y nosotros la hemos recordado en uno de estos últimos días — que se atribuya con algún fundamento a León XIII el propósito de dirigir *urbi et orbe* una Encíclica sobre la necesidad de proceder al desarme de las grandes potencias europeas.

Podrá ó no ser realizado este pensamiento nobilísimo de Su Santidad, ó podrá quedar tal vez fatalmente encerrado dentro de los límites de una generosa aspiración, no moldeada en forma tangible, aunque siempre digna de alto aplauso y de recordación perdurable; pero lo que en modo alguno cabrá negar, ni aun desconocer siquiera, es que el Santo Pontífice ha acometido otra empresa no menos árdua ni menos salvadora que la del desarme material de los ingentes ejércitos de Europa; el desarme moral de esos universales é inmensos ejércitos con que el proletariado amenaza subvertir los fun-

damentos sociales en toda la redondez del planeta.

Muchas son ya en el trascurso de los años las manifestaciones prácticas de ese trascendental deseo que anida en la vigorosa voluntad del Santo Padre; pero ahora está muy reciente una de las más gallardas en la admirable Carta que León XIII ha dirigido a Gaspar Decurtius, consejero de la República Suiza, para felicitarle por un discurso pronunciado en el Congreso Obrero, que hace muy pocas semanas se ha celebrado en la antigua Helvecia, y que no debe ser confundido con el de los socialistas congregados en su Zurich.

Ha querido en esa epístola Su Santidad afirmar una vez más el celo y la solicitud que le animan en favor de la clase obrera, cuya mísera condición tanto desea dulcificar, persuadido de que su sagrado ministerio le ordena estar siempre dispuesto para acudir allí donde los afligidos esperan un consuelo, los débiles protección, y alivio en sus males los que sufren.

A impulsos del sentimiento que le inspira esta sagrada misión, y acordándose de las enseñanzas del Divino Redentor del género humano, León XIII ha llevado palabras de amor y de paz al mundo católico en su Encíclica de *Rerum novarum*, donde ocupándose ampliamente de la situación de los obreros, procuró sabía y prudentemente calmar los encendidos hervores del grave conflicto, cuyas consecuencias sufre la sociedad contemporánea por las ambiciones populares que la envuelven como una negra nube tempestuosa, y por el temor del naufragio y de la catástrofe que puede producir el estrago de la tormenta que ruge.

Entonces como ahora y como siempre, el Padre Santo cuidó muy bien de no omitir ni un sólo punto de aquellos que legítimamente convienen a la justa defensa de la causa de los trabajadores para que tan grande y útil multitud de hombres no quede sin protección y sin

EL PAPA Y MR. CLEVELAND.

EL LIBERALISMO Y EL MASONISMO

El Presidente de la gran República Norteamericana ha dirigido la expresión de sus homenajes al cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore, rogándole que la trasmita al Soberano Pontífice.

“Presidencia del Poder Ejecutivo.— Washington, 9 de Julio de 1892.—A su Eminencia el Cardenal Gibbons.

“Eminencia: Yo os ruego que me permitais envíe por conducto de Su Eminencia a Su Santidad León XIII, mis sinceras felicitaciones, con ocasión de su Jubileo episcopal.

“El placer que acompaña esta expresión de mis felicitaciones, es acrecentada con mucho por el recuerdo del vivo interés que Su Santidad ha manifestado siempre por la prosperidad de los Estados Unidos, al mismo tiempo que de su alta admiración por nuestras instituciones políticas.

“Me felicito de creer que estos sentimientos nacen naturalmente de la solicitud que el Padre Santo alimenta por el bienestar y la felicidad de las masas del género humano, y de la simpatía especial con que mira toda tentativa para hacer respetable la personalidad humana, y para favorecer el mejoramiento moral y material de los obreros.

“La amabilidad con que Su Santidad ha aceptado últimamente un ejemplar de las Constituciones de los Estados Unidos, me induce a manifestaros que que si esto no pareciera presunción de vanidad, me sería soberanamente agradable enviar a su Santidad un libro conteniendo los documentos oficiales que he escrito durante mi presente administración.

“Su sincero amigo, Cleveland, presidente de los Estados Unidos.”

amparo, á merced de cierta clase de especuladores sin conciencia, capaces de explotar en beneficio propio la miseria de los desvalidos.

Y ahora, con inefable satisfacción y con ternísimas palabras, se felicita el Supremo Pontífice al ver que los delegados de muchos millares de obreros, aunque procediendo de extraños países y profesando diversidad de costumbres y de religiones, han aceptado la autoridad de aquella Encíclica, reconociendo todos que en ella están contenidas las enseñanzas más ventajosas para sus propios intereses, y las más sólidas bases para fundar un nuevo y equitativo orden de cosas, del cual obtenga la sociedad una paz inalterable y duradera, dichosamente nacida del capital y del trabajo, después de haber dado solución conciliadora al conflicto existente entre patronos y obreros.

Porque esto, según palabras de León XIII, no ha de buscarse, ni menos podría conseguirse, por medio de una violenta perturbación del orden social, sino que se encontrará seguramente en la acción saludable y en el santo imperio de la sabiduría que Jesucristo trajo del cielo á la tierra, para que sirviese á los hombres de regla de conducta.

Tal es el lenguaje que habla el Sumo Pontífice, y tales los consejos que estampa en la hermosa carta dirigida al consejero helvético, y estas palabras y esta predicación no son, en suma, sino la continuación bien enlazada de una labor infatigable de quince años de pontificado.

Durante todos ellos, constantemente se ha destacado, sobre un fondo celeste de serena gloria la augusta figura, blanca y luminosa, de Su Santidad León XIII, que estrecha al mundo en un abrazo de amor y de ternura y que pronuncia estas palabras, impregnadas de la sublime mansedumbre de aquel Divino Maestro que fué todo caridad:

— Mi reino no es de este mundo; yo sólo vivo para la paz de todos.